

LA PROMESA

Juan apuró la copa y miró por el ventanal del bar:

—No quiero que se preocupe por mí. Ya ha hecho más de lo humanamente exigible por la hospitalidad y las buenas normas. Usted se va ahora mismo a su casa o adonde tenga por costumbre y deja que yo me dé un paseo tranquilamente, cosa que me apetece mucho, de verdad. Al fin y al cabo Córdoba merece que le dedique un rato a mi aire. Si no, cuando me vaya, sólo me llevaré el recuerdo de los papeles de trabajo y de los despachos donde hemos estado. Bueno —se apresuró a decir—, y de la amabilidad con que me están tratando, que no es poca.

Hizo una pausa y continuó:

—Yo, si puedo, me gusta perderme en las ciudades cuando las visito por primera vez. Entonces me pongo a imaginar que los sitios por donde paso y las calles por las que me decido a entrar son un descubrimiento, algo nuevo que nadie conoce, aunque estén llenas de gente. Y ahora puede ser un momento muy propicio para ello. —E hizo un movimiento enérgico de mano mientras sonreía—. Por eso, no se hable más.

Yo le libero de mi cuidado y mañana será otro día, que por cierto, nos va a llevar con la lengua fuera con todo lo que tenemos que hacer.

Su interlocutor hizo un gesto de resignación.

— Bien, como usted quiera. Tenía la intención de que fuésemos a cenar por ahí, informalmente, tapeando si le apetecía, y así darnos un paseo por las zonas más típicas. Y no crea, que lo haría con gusto, porque cuando alguien viene de fuera se rompe la monotonía y, ¡qué caramba!, no es malo dejar la costumbre de vez en cuando. Pero respeto su deseo.

Juan volvió a mirar por el ventanal del bar. En la calle se despedía el atardecer y se veía ese ir y venir de la gente propio del fin de la jornada. Como un anticipo de la noche, se habían encendido las farolas que en este caso, pensó, eran faroles, pues tales eran las formas que iluminaban con una especial luz azulada las blancas paredes de las casas. Era curioso. Enfrente, al otro lado de la calle, destacaba una esquina que había estado mirando sin ver y que justo ahora, por obra y gracia de la luz del farol, cobraba cuerpo en su blancura, contorneando su perfil sobre el fondo de la calle y exhibiendo sin pudor las irregularidades del encalado de su superficie. Había algo afuera que antes no había, un algo que podría ser la conjunción de la iluminación, y la hora, y el sitio, pero que convertía lo que al entrar le había parecido una placita sin importancia en un rincón atractivo, misterioso.

— ¿En qué zona estamos?

— ¡Ah, se orientará muy pronto! — El hombre se animó al dar la explicación — : Esa calle que ve ahí es la calle Osario. Hacia arriba le llevará al centro de la

ciudad, la zona comercial que estuvimos visitando por la mañana. Hacia abajo le conduce al Campo de la Merced, unos pequeños jardines situados delante del Palacio de la Diputación y al pie de la carretera que lleva a la Sierra. Si va en esa dirección y se desvía a la derecha podrá llegar al Cristo de los Faroles, y más allá a Santa Marina o la Torre de la Malmuerta. Son zonas de bastante sabor. ¿Le apetecería que diéramos un paseo hasta allí?

—No, yo lo haré pero solo. No se moleste, por favor. —Juan dulcificó un poco el tono para rebajar la brusquedad con que había contestado la proposición—. Pero quiero dejar suelta la imaginación mientras camino y eso es difícil hacerlo en compañía.

—Muy bien. Pero tenga cuidado con la imaginación. A veces emborracha como el vino y puede doler la cabeza al día siguiente. ¡A ver, la cuenta! —exclamó dirigiéndose al camarero y cortando con un ademán el gesto de Juan de llevarse la mano al bolsillo.

El camarero se acercó con una bandejita en la que llevaba la nota. Después de pagar, los dos hombres se levantaron y se dirigieron a la puerta del bar. Una vez en la calle se despidieron.

—Espero que le guste su paseo. Mañana pasaré a recogerlo en el hotel a la hora de hoy, si le parece.

—Estupendo. Gracias por todo. Confío en que no le haya molestado mi deseo de pasear solo. Reconozco que puede sonar a impertinencia, incluso a descortesía, frente a las amabilidades que ha tenido conmigo, pero si me permite la franqueza y como le dije antes, es mi debilidad lanzarme sobre los lugares

desconocidos solo, a perderme, y el encanto disminuye si se va en compañía. Aunque sea tan cordial como la suya —añadió.

—Nada, nada. Le entiendo perfectamente. Hasta mañana entonces.

Un apretón de manos y Juan le vio alejarse mientras caminaba. A saber qué imaginaría de su deseo de quedarse solo. Probablemente le atribuiría intenciones menos santas que las de dar un paseo sin acompañante. En cualquier caso daba igual. Comenzó a andar en sentido opuesto al de su hasta entonces acompañante por una calle estrecha, de aceras minúsculas. El ruido de un coche a su espalda le hizo detenerse momentáneamente y pegarse a la pared, casi de puntillas, para dejarle paso. Más adelante, y a continuación de lo que parecía un colegio o un convento, se abría una calle aún más estrecha, peatonal, en la que las paredes parecían no resignarse a estar separadas. Decidió tomarla en la seguridad de que al menos no tendría que pasarse coches por la faja. La noche se había instalado ya en estas calles atraída por sus sombras y los faroles más que iluminar presidían los rincones. Un poco más allá la calleja se ensanchaba antes de desembocar en otra de aspecto más principal en la que las copas de los naranjos se arrumacaban con las farolas. Sólo algunos niños jugaban en la acera sin que sus voces pudieran integrarse en el silencio. Juan dudó al llegar a aquel punto, sintiendo ya la noche cerrada a su alrededor. A su derecha, la calle se prolongaba hasta otra confluencia de blancos y ventanas. A su izquierda, el espacio se abría un poco

más adelante en una pequeña placita con bancos, jardín y fuente. Un indicador le decidió a tomar esta dirección: "Al Cristo de los Faroles".

Reemprendió la marcha ya con un objetivo inmediato. Tras un ensanchamiento de la acera al que se abría una confitería antigua, después de unos pocos pasos se encontró con que se iniciaba otra calleja por la que giró. Aún cuando no era excesivamente estrecha, Juan la recorrió pegado a la pared para caminar sobre las losas planas de los laterales, huyendo a propósito del empedrado del centro, alfombrado de cantos rodados que, pese a estar desgastados por los años, seguían resultando incómodos de pisar. Su proximidad a la pared y su atención al suelo le llevaron casi con brusquedad, tras los pocos metros con que contaba la calle, a encontrarse en la plaza a la que conducía. Fue una inmersión que casi le sobrecogió, como si hubiera atravesado la puerta del misterio, del tiempo, de la realidad. Una de las aceras de la calle por la que había entrado se prolongaba pegada a un costado de la plaza hasta perderse, allá al fondo, en otra pequeña calleja de salida que más que ver se adivinaba a lo lejos. La otra, la que había seguido para avanzar, torcía bruscamente a la izquierda hasta encontrar el lienzo de pared que formaba el otro lateral de la plaza. El muro se continuaba hasta la fachada de una iglesia que, allá al frente, cerraba hasta la bocacalle de la parte opuesta. En el suelo, los mismos guijarros que en la calle de entrada había intentado evitar, pero que ahora apenas si los percibía. Delante, la plaza entera era un mar de sombras en donde naufragaba

la vela blanca de la iglesia del fondo. Como un manto oscuro a juego, el cielo se enmarcaba encima, negro, azulado, con unos tímidos puntos que aspiraban a estrellas. Y en medio del conjunto, como un fuego fatuo, las puñaladas de luz amarillenta de los faroles dibujaban la silueta de un crucificado que, alzado sobre un pedestal y rodeado por una verja, dándole la espalda, se recortaba sobre la blanca fachada de la iglesia. De los pilotes que le esquinaban surgían unos faroles rematando hierros curvados de angustia que subían hasta la altura de la cruz, mirándose con los que nacían de los pies del Cristo.

Nadie transitaba la plaza. Juan sintió un ligero escalofrío parado ante algo que por un momento se le antojó irreal, sobrecogido como si fuera a traspasar los umbrales de lo mágico, adentrándose en otra dimensión. No sin un cierto esfuerzo se reconvino a sí mismo. Tanto había esperado tener ocasión de poner en marcha su imaginación que ésta estaba a punto de desbocarse. Sonrió recordando los miedos que de niño, y no tan de niño, había pasado por obra y gracia de su imaginación y se dijo que debía hacer turismo y nada más. El lugar era efectivamente sugestivo pero sólo un rincón por el que unos momentos antes, y sin duda unos momentos después, las gentes pasarían como turistas o transeúntes, como tantos otros lo habían hecho y lo seguirían haciendo.

Avanzó decidido y bordeó la verja que rodeaba al Cristo hasta quedar frente a la imagen. La posición de ésta obligaba a levantar la cabeza para mirarle y los faroles, al dar en el rostro, llenaban de luz mortecina

las pupilas del espectador acrecentando la oscuridad circundante. Poco a poco fue percibiendo los rasgos del Cristo en toda su intensidad, como si salieran de las sombras en una aparición. En la cabeza, inclinada, la corona de espinas era un zócalo de claros y oscuros sobre unos cabellos definidos sólo por la arista de los mechones a los que llegaba el resplandor. En el rostro, la frente y las mejillas luchaban con la sombra de los pómulos, separados por una nariz que la luz hacía agresiva. El cuerpo era sereno, pese a la violencia de la llaga del costado y la de los pies tala-drados. El pedestal en que se apoyaba la cruz se perdía hacia abajo en una masa negra, en la que la cera de mil cirios consumidos había chorreado hasta formar en algunos ángulos una masa blanquecina que se destacaba entre los fantasmas secos de lo que habían sido ramos de flores y algún que otro hierbajo que crecía luchando con las piedras.

El conjunto rezumaba recogimiento y Juan empezó a bisbear un padrenuestro, un poco reflo-tando fervores pasados, ni desterrados ni mante-nidos, que formaban los jirones de su religiosidad. Cerró los ojos un instante mientras rezaba, y al abrirlos la vio. Estaba en el costado de la imagen, muy próxima a la verja, a la que se aferraba con una mano. Juan se asombró de no haberla descubierto antes, pues su cara y su mano aparecían como un paroxismo de palidez sobre los ropajes negros que llevaba y las sombras de la plaza. Era una mujer de mediana edad, de rasgos delicados. Los ojos estaban rodeados de profundas ojeras violáceas que desta-caban en un rostro en el que la nariz se había afilado